

Crónica de una visita al turismo vivencial de Lahua Lahua, Ocongate, Cusco, Perú

del lunes 3 al sábado 8 de mayo del 2010

Pierre de Zutter

Fotos: Lydie Darnet
www.p-zutter.net

Hay que ser un poco inocente para aceptar así nomás cualquier propuesta del amigo Guillermo. Parece que lo soy. Pero con atenuantes: hace tiempo deseaba conocer en terreno el trabajo de su Pachamama Raymi¹ y le tenía avisado de mi pronta llegada al Cusco; el trabajo en Bolivia me había dejado con gran surmenaje y necesitaba apartarme de toda agitación para intentar terminar los textos comprometidos y así entrar por fin a descansar; mi fotógrafa Lydie retornaba ella de correrías por el Manu y por el Salcantay y apreciaría un ritmo pausado.

Habíamos pensado en un rincón apacible en el Valle Sagrado. El encuentro con Guillermo lo cambió todo. Primero fue: “regreso de una visita a la zona de Ocongate; han avanzado bien; ¿por qué Lydie no aprovecha que trabajas para ir a conocer por ahí?”. Minutos después: “Sí, hay luz, podrían instalarse ahí y podrías escribir en paz...” Dos horas después estábamos en el taxi que nos había de conducir a la comunidad de Lahua Lahua, en el municipio de Ocongate, sobre la nueva carretera transoceánica, al pie del Ausangate.

Confieso que mi principal motivación, más allá del reposo-trabajo o de los concursos entre familias y entre comunidades, era la curiosidad que me había despertado Guillermo con su aviso: “Hasta ahora nunca han tenido turistas, serán los primeros.” ¿Los primeros? ¡Qué buena oportunidad para conocer sueños de la gente, antes de que el discurso y las atenciones estén bien aceitados!

Lunes de precios

Los primeros. A las cuatro de la tarde de este lunes estamos conversando delante de la Casa de Visitas de don Agustín Mamani Huillca, junto con él, su hijo Virgilio, aquel señor que nos acogió y es Jurado de Pachamama Raymi (que me disculpe, no recuerdo su nombre), así como don Fabián Ccarita Mamani, quien había propuesto que nos instaláramos con la familia de don Agustín. Quieren descargar nuestros grandes bultos pero insisto: “¿Cuánto?” Problemas de una primera vez: aún no han pensado en tarifas y hemos llegado de sorpresa...



Agustín se lanza a sondear proponiendo precio alto para que su hijo Virgilio acompañe a Lydie en sus andanzas... porque “no puede ir sola por los perros bravos”. Vuelve la razón y ofrece

¹ www.pachamamaraymi.org

un valor que me parece correcto por el día de pensión completa. Cerramos trato. No vine a regatear sino a descubrir cómo aprenden y se manejan.

¿Los primeros? En minutos Virgilio nos instala un tomacorriente, conduce la adaptación de una plataforma para nuestro equipaje, trae una mesa y la banca que mejor se adapta a ésta, nos engalana con una jarra de gladiolos. Los primeros y de sorpresa: la cena sólo trae una sopa tradicional y mil disculpas por no haber tenido tiempo de preparar un segundo.

Martes de terremoto

En la mañana del martes comienzan verdaderamente nuestras aventuras de descubridores. La casa de visitas es una casota, pero no hay agua. Agustín nos había señalado la pila en su patio, pero, cómo estamos albergados en lugar apartado de la familia, fuera de su intimidad, no queremos molestar. Aprovecho las artes de viajera de Lydie y, como ella, me limpio con esas toallitas húmedas y descartables que mis hijas me enseñaron a usar para limpiar los potitos de los nietos... Divertido. Hacemos nuestros cálculos. Alcanzarán hasta el sábado.



Menos divertida, al menos en el instante, es la segunda experiencia de la mañana. Como algunos amigos me convencieron de la “gradualidad” como principio rector en el desarrollo de capacidades, habíamos procedido con orden. Anoche fue Lydie la que ensayó la linda letrina pintada y con techo de paja. Salió un poco asustada porque creyó sentir una base poco firme, que se resquebrajaba. Ahora me toca a mí, con el doble de peso. Un ingreso prudente, un acomodo parsimonioso. Al momento de comenzar a doblarme ocurre el terremoto: el suelo desaparece bajo mi pie izquierdo; termino sentado en los dos palos por suerte fuertes del centro, en vez de acucillado en sus bordes.

Recuperada mi pierna, mi equilibrio y mi serenidad, empiezo las investigaciones. La fosa no es de adorno: grande y profunda (más de dos metros: ¿cómo hubiera salido?). ¡Y somos los primeros! Mi lámpara frontal no permite dudas. Entonces, ¿es exclusiva para los turistas? Oficialmente no, ya que está al costado de las habitaciones de la familia, no al lado de la “casa de visitas”. ¿Sólo para los concursos entonces? ¿Será parte de esas cosas que se hacen para ganar premio y no porque sirven?

Bueno, el resto del día es más tranquilo. Lydie se lanza a sus caminatas por los cerros (lejos de los “perros bravos” que nos anunciaron en el pueblo) y luego por la zona del río. Trato de volver a meterme a mis textos: lejos de los hoteles y oficinas tipo catacumbas que me habían tocado en La Paz, lo logro.

Miércoles de entierro

Al despertar del miércoles, animados por nuestros éxitos del día anterior, hacemos planes: Lydie quiere explorar más allá de sus cerros de ayer, a pesar del clima bastante nublado; sueño con avanzar bien en mis compromisos a fin de tener un día libre para acompañarla.



A su retorno para el almuerzo, cierro la computadora, me quito casaca gruesa, gorra de lana y otros atuendos necesarios para escribir en la sombra de nuestra casa, salgo a calentarme a su lado pero la noto tensa. “¿Qué pasó?” Me cuenta.



Se había instalado en la cumbre de un cerro para contemplar el Ausangate y esperar que se despejen las nubes a fin de tomar buenas fotos. Al llegar había saludado a distancia a una campesina que llevaba sus animales a pastear cerca de ahí, pero sin respuesta. Aguardando el sol, le había llamado la atención que, repentinamente, la mujer se haya puesto a recoger piedras. Más le llamó la atención cuando ésta se puso a correr hacia ella gritando en quechua. Las primeras piedras que volaron en su dirección ya no fueron para atención sino para alarma.

Ahora que escribo tranquilamente sentado en una playa de la costa norte del Perú podría darme el gusto de adornar mi crónica con toques sabrosos. Podría describir a Lydie mirando a su alrededor para verificar si la mujer le estaba tratando de salvar del ataque de un puma o de una gran serpiente. Pero no. Lydie entendió que no era hora de realizar interrogatorios sino de actuar. Se levantó rápido y escapó cerro abajo. Apenas con tiempo para darse cuenta de que en los Andes la gente sabe correr veloz y que, cuando la mano sola ya no alcanza, la huaraca es excelente para hondear lejos y fuerte.

Buen rato conversamos del hecho antes de ir al almuerzo. Como para serenarnos, dejar juicios y pasiones y buscar el camino a seguir. ¡Al final, no había nadie que enterrar!

¿El camino a seguir? Primero hablar con Agustín, evidentemente. Decirle que, a nuestra manera de ver, no sólo los perros son bravos con los turistas.

¡Pobre don Agustín! Viene alegre a decirnos la inminente llegada del tractor que por primera vez va a labrar la parcela de pastos de su hijo Grimaldo, detrás de nuestra casa: ¡es más barato que con gente y chaquitacla! Nuestras desventuras lo dejan boquiabierto y medio desconfiado. Así que: “Esta tarde, señora, vamos a ir a ver.”



Por mientras, el tractor. Va y viene; Lydie saca fotos como para un largometraje. La gente de la comunidad contempla, de cerca y de lejos. Almorzamos, volvemos. Y comprendemos que los augurios nos habían engañado: era miércoles de entierro... pero para el tractor. En la penúltima pasada, la arcilla bien mojada inicia el contraataque: el tractor patina, la arcilla se le pega, el tractor se esfuerza, la arcilla lo enlaza, el tractor se obstina, la arcilla lo hunde en desesperación y en lodazal.



Los voluntarios se alistan para la resurrección. Agustín y Lydie salen trepando el cerro a ritmo andino. Junto frases a ritmo de jubilado. Vuelven los pesquisadores. Encontraron testigos oculares. Se sabe quien. Se adivina el por qué. Asunto concluido.

¿Concluido? No. Hablar con Agustín y establecer los hechos y responsabilidades era el primer paso del camino a seguir. Inicio el segundo paso. Pido una reunión de asamblea de la comunidad. Temen que me anime un afán de denuncias. Les tranquilizo. Quiero aprovechar el pretexto para conversar con todos sobre turismo vivencial y sobre lo que hemos visto en Lahua Lahua. Será para el viernes a la tardecita.

Nos vamos a dormir mientras muchos siguen, de noche y con lámparas, cavando en la arcilla una tumba para el tractor.

Jueves de perros

Al final, Agustín ha triunfado. El jueves, Lydie sale a caminar con su guardespaldas Virgilio. Como nadie ha entendido todavía qué le pueden interesar a unos gringos en Lahua Lahua, suponen que son los resultados de los concursos de Pachamama Raymi. Así que el recorrido sigue las casas de los ganadores: cocinas, dormitorios, muros decorados, obras de artesanía, pintas a la gloria de los auspiciadores, criaderos de cuyes, etc. Lydie se ha vuelto fotógrafa oficial de Guillermo y trata de cumplir.



Saboreando los mejores momentos. Por ejemplo cuando un señor de edad le enseña sus técnicas y sentimientos para tejer.



Disfrutando poder compartir lugares, gentes, acciones y emoción es sin que le llegue una reacción de molestia ni un pedido de propina.

¿Agustín ha triunfado? No. Agustín tenía razón. Lydie se da cuenta cuando, acercándose a una casa, les ataca un perro malo. Sin más consecuencias que el susto. Y la oportunidad de seguir reflexionando cuáles serían las condiciones necesarias para un éxito del turismo vivencial en Lahua Lahua.

Es lo que hacemos en la noche, comentando nuestras impresiones, preparándonos para la asamblea de mañana. Ah, alegrándonos también por Lahua Lahua: una pala mecánica venida de Ocongate logró rescatar al tractor de la parcela de Grimaldo...

Viernes de explicaciones

Mis textos han avanzado. Sólo me faltan correcciones. Me otorgo día libre y el viernes en la mañana salimos a pasear juntos, cada uno tratando de convencerse de que el otro le podría servir de escudo en caso de... Vamos hacia... lo de siempre. Los cerros, la vieja capilla abandonada, el que ahora llamamos nosotros El Cerro de la Huaraca. Paisajes cuya naturaleza ascética intriga a Lydie. Cicatrices de los cerros que a mí me recuerdan afanes demostrativos de Pronamachs en andenes sin agua, cuentos de verdor del antiguo Sierra Verde... Cada quien lee lo que sabe leer.



En el camino revisamos nuestras impresiones de la estadía. La agradable sorpresa de las atenciones de don Agustín y familia. Los esfuerzos por complacernos en la mesa, con la limpieza esmerada, las flores, las primeras habas frescas, las papas diversas y diversamente preparadas, la aparición de algo de carne de cuyes, luego de cordero, los



huevos de gallinas verdaderas, los olluquitos, las múltiples hierbas para infusiones. Productos y sabores de aquí más las artes culinarias desarrolladas por el hijo René mientras estudiaba en Lima. Así los choclitos duros que no habíamos podido comer el miércoles regresaron el jueves como una deliciosa crema de maíz.

La confianza que se va instalando. Con Agustín evidentemente, artista en atender. Con los tres hijos varones durante nuestros breves intercambios. Con la hija que un día había venido a verme para curiosear cómo podía ser una computadora tan pequeña. Por otra parte, es la única mujer de la familia que no se esconde de nosotros. A menudo, en la noche, sentados en el Comedor y alargando un rato nuestra permanencia, sentimos a la señora de don Agustín, encerrada en la

cocina y sin atreverse a salir delante nuestro. Los varones acaparan el contacto con la “gente de afuera”.

La poca relación con la gente de la comunidad, salvo aquellos dos dirigentes que nos atendieron al inicio. En nombre de los “perros bravos”, se cortó la circulación espontánea de Lydie. En sus paseos por las calles más céntricas, sintió hostilidad o al menos molestia cuando, sin la suficiente facilidad con el castellano, y menos con el quechua, se quedaba demasiado tiempo mirando artes de las tejedoras, de las cosechadoras, de las lavanderas, de las ordeñadoras. En los cerros... ¡ni hablar!

El contraste con la apertura cuando de concursos Pachamama Raymi se trata. Ahí sí enseñan con orgullo sus realizaciones, demuestran sus habilidades, conversan y explican, quieren fotos sin propina. ¿Será porque sienten que “eso está bien” a ojos del exterior? ¿Será porque el reconocimiento viene con premios? ¿O será porque realmente les complace y les conviene el cambio de su habitat? ¿Un poco de todo? ¿Quién sabe?

Tantas cosas conversamos caminando... Y llegamos a la idea de devolver algo de fotos durante la asamblea de la noche. Armando un diaporama que pueda desfilas sin que estemos nosotros cerca. Para que comenten entre ellos. A manera de devolución de lo que hemos aprovechado. A manera de ayudarles a conocer y comprender la mirada de quienes venimos de afuera en pos de compartir su vida y el marco de su vida: ¿qué nos interesa, qué queremos ver? Es decir a manera de que se den cuenta de las diferencias entre el turismo circulatorio “Caminos del Inca” que varios conocen por trabajar ahí (entre ellos don Agustín) y lo que se necesita para “turismo vivencial”. Fotos de una flor, de un insecto sobre otra flor, de un colibrí en su ballet, de la gente y sus actividades, de su vestimenta, de un paisaje, de...



Armar el diaporama estaba previsto para después de la siesta. La tarea se nos acortó por... el incorregible Guillermo. De repente aparecieron... dos francesitos, Laure y Gwendal, enviados por nuestro amigo y preguntando por Pierre. Deseosos de saber algo de esta experiencia de “turismo vivencial” y de pasar una noche aquí ya que Laure escogió este tema para su trabajo de maestría.

No les facilité la vida a ellos pero otra vez quise aprovechar para que nuestros anfitriones entendieran ciertos criterios básicos. ¿Don Agustín se imaginaba poder instalarlos con nosotros, en la otra cama de la gran pieza de nuestra casa de dos pisos? Me negué: *“Eso está bien para grandes dormitorios de los Caminos del Inca. En turismo vivencial uno quiere compartir con la comunidad, no con otros gringos. Hubieras hecho dos habitaciones pequeñas en vez de una grande, sí hubiera funcionado.”*

Además volví a recalcar las explicaciones dadas cuando habíamos comprado un sombrero de otra familia y él se había sorprendido de que no se lo hayamos comprado a él: *“Necesitas que todas las familias se beneficien en algo para que todas las familias se motiven en atender bien a los visitantes. Una familia sola no puede hacer turismo vivencial. Si sólo te beneficias tú, los demás se van a poner como perros bravos con los que vienen a molestar y nadie más vendrá.”*

Todas esas cosas las repetí durante la asamblea de la noche. Ese era mi propósito luego del diaporama de fotos, de los mapas y explicaciones recibidas sobre tantos proyectos que se han dinamizado con el apoyo de la municipalidad y de Dexcel Perú², de las disculpas por la huaraqueada: darles a las familias la oportunidad de aterrizar su sueño de turismo vivencial, de pensarlo mejor, de no invertir de cualquier manera sino en lo esencial.



¿Turismo vivencial en Lahua Lahua? Claro, está la transoceánica que sigue avanzando hacia Puerto Maldonado. Pero, si bien existen experiencias muy exitosas, como Raqchi (que algunos conocen por una pasantía que hicieron) o Llachón, son ahora cientos de comunidades las que conozco en los Andes y que aspiran a tener algo de ingresos del turismo. ¿Qué puede ofrecer Lahua Lahua para cuando Guillermo se haya cansado de fletar taxis hasta ahí o se haya entusiasmado con otro lugar? ¿Cuáles serían las condiciones necesarias para tener algo de éxito aquí?

En lo primero que se suele pensar es en las habitaciones, las “Casas de visitas”. Y eso es evidentemente clave. Pero ¿qué tipo de habitaciones y para qué usos? ¿Sólo para turistas o también para visitas de familiares? ¿Es lo mismo? ¿Puede servir para ambos? Si esto último era la intención de Agustín, acertó con su casa grande. Si no, mejor hubiese sido más pequeña y con pila y baño cerca.

También se piensa en la comida y nosotros fuimos estupendamente atendidos. Claro, tanta papa y haba afecta organismos poco acostumbrados pero nadie se ha de quedar cinco días como nosotros. Y lo importante es... compartir. Ahí nos quedamos flacos. Agustín hizo de magnífico mozo, digno de restaurante cusqueño con su chullo y su chaleco, para... enseguida dejarnos solos en el “comedor” prohibido para la familia encerrada en la cocina.

² www.dexcel.org

Ahí está una clave faltante del turismo vivencial: compartir. Compartir vida diaria, platos, actividades. Compartir paisajes, flora, fauna, cariños y sueños. Compartir cercanamente en la familia (no sólo con los varones) que recibe y momentáneamente en los paseos por la comunidad.

Pero ¿cuánto tiene para compartir Lahua Lahua? Para un par de días, puede ser. Pero, ¿esto amerita venir hasta aquí? ¿Justifica hacer un alto en el camino hacia más allá? Lahua Lahua, como cientos de comunidades, no tiene un Machu Picchu como los Caminos del Inca, no tiene un Lago Titicaca como Llachón, no tiene la arqueología ni la promoción de Raqchi. ¿Vale soñar con el Ausangate y una “semana vivencial” compartiendo entre dos o tres comunidades de sus cercanías?

Muchas son las preguntas. Y Lahua Lahua, como cientos de comunidades, necesita tratar de responderlas antes de que las familias inviertan demasiado y se sientan luego engañadas por otro espejismo del desarrollo...

Sábado de fotos y sonrisas

¿Resultado de nuestra asamblea? En la madrugada del sábado, ya no somos mirados de reojo por los vecinos que pasan cerca de nosotros sino saludados y con sonrisas, hasta por las mujeres. La señora de don Agustín sale de su cocina durante nuestro desayuno. En cuanto a Agustín y el hijo Grimaldo, nos han preparado una sesión de baile.

Un baile de fotos. Toda la familia de Grimaldo sacó sus ropas de fiesta y reclama las tomas correspondientes en el terreno colindante. Grimaldo se yergue orgulloso con sus excelentes caballos. Su señora se mantiene apartada pero sus risas repican fuerte cuando llegamos a la nueva tradición del turismo vivencial: vestir a los gringos con las galas locales.



Agustín y señora también están de festejo: delante del comedor, delante del dormitorio, delante de su vaca... Fiesta, risas y alegrías para nuestra despedida.

Antes de partir, reitero mi promesa de la noche anterior en la asamblea: hacer llegar con Guillermo un CD con selección de fotos para la comunidad y otro para la familia, con las más de 500 que tenemos, llenas de aventuras del tractor y de poses de Agustín ante cada una de sus construcciones, cada uno de sus terrenos, cada uno de sus animales, cada uno de sus choclos.

Entonces, Grimaldo me pregunta: “¿me las podrías copiar sobre mi llave USB?” Y se me llena el corazón de gozo: ¡Eso me gusta! Grimaldo está enamorado de su tierra, de las bellezas de su cultura, de sus caballos, de sus cuyes pero, luego de haber viajado y trabajado en diversas partes, no desdeña ventajas de la tecnología, las aprovecha... Y si eso fuera otro camino posible para el “turismo vivencial”...

Invitación

Aventuras y aprendizajes en Lahua Lahua. Con un final feliz y muy lindos recuerdos. Y muchas ganas de que le vaya bien a Lahua Lahua. Se lo merece.

También descubrimos lo que significa ser los primeros en comunidades vírgenes... Así que, si conocen algunas de ellas que recién están comenzando en turismo, avísennos: se nos ha revelado nuestra vocación de especialistas en una nueva modalidad, el “turismo sobrevivencial”. Sólo nos falta adquirir las destrezas para sacar fotos de las escenas más apasionantes. Y que Lydie vaya mejorando en carrera.

